

hombre santo que aspiraba al martirio, fueron los primeros que acudieron á mi llamamiento.

A la caída de la tarde salimos de Roma por el camino de Tívoli.

Mi corazón estaba triste como la muerte.

La última noticia que me habían dado, era la de que Manara había sucumbido.

*

* *

Hasta aquí llegan las Memorias de Garibaldi. Algun día conseguiré que me proporcione la segunda parte de su vida, como lo ha hecho con la primera. Aquella se reducirá á dos palabras :

Destierro y triunfo.

A. DUMAS.

Siguen algunos pormenores acerca de los muertos, que el doctor Bertani ha tenido la bondad de reunir para entregármelos.

LOS MUERTOS.

LUCIANO MANARA.

El 30 de junio de 1849, á las dos de la madrugada, comenzó, como ya se ha visto en las Memorias del general, el ataque del recinto Aureliano que era nuestra segunda línea de defensa.

Manara volvió á eso de las tres á la *villa* Spada, después de haber establecido sus guerrillas.

El día anterior una bala de cañon, de rechazo contra la pared, había caído en su cama.

Se apartó para hacerle sitio, y dijo riéndose : — « Ya veréis como no tengo la suerte de salir sano y salvo. »

A su vuelta había encontrado á Emilio Dandolo muy inquieto, porque decían que Morosini estaba prisionero.

Los dos ignoraban su paradero.

En el mismo instante una bala hirió á Dandolo en el brazo.

— Amigo mio, dijo Manara, parece que tan solo hay balas para tí.

Quitándose entonces el cinturón y la espada, cogió un antejo y se acercó á la ventana para examinar algunos soldados franceses, que estaban disponiendo la puntería de un cañón.

De repente se disparó un tiro de carabina, y la bala, atravesando dos sacos de tierra, le dió en el vientre en el sitio mismo que hubiera protegido el cinturón, si no se lo hubiese quitado.

Dandolo le vió vacilar, y á pesar de su herida se acercó á él para sostenerle.

— Estoy muerto, dijo Manara, cayendo en tierra; te recomiendo á mis hijos.

Acudió al momento un médico; pero, al verle palidecer, el herido comprendió que no había esperanza.

Pusieron á Manara en una camilla, y en medio del fuego le llevaron sus compañeros á Santa María della Scala. Entonces me vinieron á buscar á la ambulancia *dei Pellegrini*, donde me encontraba yo á la sazón.

Fuí corriendo á su lado.

El mismo había pedido que le llevasen donde yo estuviera, porque ambos nos profesábamos el mas tierno cariño.

La plaza estaba llena de proyectiles franceses. Una jóven acababa de ser muerta de un balazo en el pecho, que había recibido al asomarse á la ventana. A Vacenna, oficial lombardo, le destrozó una bala de cañón las dos piernas mientras subía junto á mí la escalera de la iglesia.

Venia como yo á ver á Manara.

Un médico que se dirigia tambien hácia la iglesia fué arrojado por una granada de su caballo, que un momento despues cayó herido por la misma granada, encima de él.

Gracias á Dios, llegué sano y salvo.

En el fondo de la iglesia, hácia la derecha junto

á la balaustrada, habia una cama rodeada por los oficiales de la legion Manara.

Así que el herido me vió, me tendió la mano, diciéndome con voz débil : ¿es mortal?

Su juventud alejaba de su espíritu toda idea de muerte : el ruido y los atractivos de la vida militar no habian aun podido lograr que se olvidase de los goces domésticos.

Al ver que yo no contestaba, me repitió : « Te he preguntado si mi herida es mortal, contéstame; » y sin darme lugar á responderle prorumpió en palabras llenas de sentimiento.

Le animé como puede animar un hombre á quien falta valor; pero Manara conoció que no abrigaba yo esperanza alguna.

Varios médicos se acercaron á él, mas él haciéndoles señas de retirarse, les dijo : « Dejadme morir en paz. »

Su pulso no latia ya casi, sus extremidades estaban frias, su rostro profundamente alterado, y su sangre salia á borbotones de la herida.

Sufría horriblemente.

Sus compañeros me preguntaron lo que opinaba acerca de su estado.

— Todavía le queda una hora de vida, sobre poco mas ó menos, dije á Dandolo.

Entonces este acercó sus labios al oido de su amigo y le dijo : « Piensa en Dios. »

— Ya pienso en él, y mucho, contestó Manara.

Llamó por señas á un capuchino, que se acercó al lecho y que despues de haber escuchado la confesion del moribundo, le dió la absolucion.

A poco rato pidió el viático.

Dandolo procuraba consolarle lo mejor que podia, hablándole de Dios.

Manara le interrumpió para hablarle de sus hijos.

— Inspírales, le dijo, amor á Dios y á la patria.

Despues añadió : « Conduce á Milan mi cuerpo con el de tu hermano. »

Y viendo que Dandolo se anegaba en lágrimas, le dijo : « Sientes mi muerte, ¡ay! yo tambien la siento, amigo mio; yo tambien siento abandonar la vida. »

Llamó despues á un soldado, que era su ordenanza y á quien habia hecho rabiarse muy á menudo.

— ¿No es verdad que me perdonas? le dijo con una sonrisa.

Despues preguntó á Dandolo si habia noticias de Morosini, el que, segun rumores, estaba prisionero.

Poco antes de morir, se quitó una sortija y poniéndosela á Dandolo, dijo :

— Saludaré á tu hermano en tu nombre.

Volviéndose entonces hácia mí :

— Bertani, me dijo, hazme morir cuanto antes, que sufro demasiado.

Esta fué la última queja que exhalaban sus labios. Cayó en la agonía, y agarrándose convulsivamente á los que le rodeaban, quedó inmóvil y frio sobre su lecho, despues de lanzar el último suspiro.

Puse la mano sobre su corazon, — aun latia, pero muy lentamente.

Su alma habia ya volado al cielo.

Entonces encargué á los frailes que nos rodea-

ban que me preparasen una solucion arsenical para embalsamar el cadáver, pero no se halló arsénico y tuve que emplear sublimado corrosivo para hacer la inyeccion.

El cadáver fué trasportado á un cuarto, á la derecha del altar mayor, junto á la sacristia, y allí quedó depositado, la cabeza sobre almohadones y vestido con su uniforme.

Su jóven amigo Eleuterio Pagliano, que durante todo el sitio de Roma se habia batido vigorosamente, y que es hoy uno de los pintores mas distinguidos de la Lombardia, hizo su retrato.

Cerca de Manara y acostado sobre una tabla, se hallaba el negro de Garibaldi Agayar. Yo contemplaba aquellos dos cadáveres, tan bellos los dos, aunque de diferente belleza, cuando oí sollozar detrás de mí á un hombre : era Ugo Bassi que lloraba.

Durante el tiempo que permanecimos en aquel cuarto, fuimos el blanco de los proyectiles franceses.

Al dia siguiente hice que condujeran el cadáver á una casa y desde allí á la iglesia de San Lorenzo,

siendo mas tarde trasportado á la iglesia de los Cien Sacerdotes, donde estaba depositado el cuerpo de Enrique Dandolo y donde debian llevar el de Morosini.

El mismo dia de la muerte de Manara, se recibió una carta de su mujer con esta sola frase :

— « No pienses en mí, no pienses en tu hijo, piensa solo en la patria. »

¡Pobre mujer! La muerte se encargó de llevarle la respuesta.

EMILIO MOROSINI.

Nos hallábamos cerca del lecho de muerte de Manara, preguntándonos los unos á los otros qué habia sido de nuestros más queridos amigos, y entre ellos de Emilio Morosini.

Pero aquel dia nos fué imposible saber nada acerca de él.

En la mañana del 1º de julio supo Dandolo por un soldado que habia estado sobre la brecha al mismo tiempo que Morosini, que este habia sido gravemente herido por los Franceses.

Aunque Dandolo sufría mucho con su herida, corrió al Triunvivato y despues al Ministerio para obtener un pase de salida.

Despues de tres horas de insistencia lo obtuvo, y se dirigió al campo francés, sin salvoconducto de ninguna especie.

Detenido por las avanzadas, les confió el objeto que le llevaba allí, y un oficial, condolido de su an-

gustia, le permitió penetrar en el campo, y luego en las ambulancias, en donde supo que Morosini había muerto.

Pidió el cadáver para entregarlo á su familia, pero el médico le dijo que hacia mas de dos horas que lo habian enterrado en un lejano cementerio.

Entonces solicitó un permiso de exhumacion. Mientras que aguardaba el resultado de su súplica, entró un capitán ayudante mayor, quien sorprendido al hallar en el campo francés á un oficial italiano sin salvoconducto, arrestó al oficial que le habia dejado pasar, y envió á Dandolo á la línea de las avanzadas sin querer escucharle.

Volvió á traer á sus amigos la triste nueva, y escribió al jefe de estado mayor pidiéndole el permiso de exhumacion, que obtuvo en la mañana del día siguiente.

Terminada la triste ceremonia de la conduccion de Manara, Dandolo se acercó á mí y me dijo :

— « Bertani, de aquí á algunas horas el cadáver de Morosini estará en la iglesia de los Cien Sacerdotes en Ponte Lieto, donde podrás examinarle. »

Fui á la iglesia un poco antes de anoecer, y como la casa, ó mejor dicho el convento que abria paso á la iglesia se hallaba ocupado por las tropas francesas, esta estaba cerrada.

Pedí licencia para entrar en ella á un capitán, que me preguntó afectuosamente al ver la profunda tristeza que se retrataba en mi rostro, si era soldado, cuál era mi patria y si habia perdido algun pariente ó algun amigo.

Le respondí que habia perdido á muchos, y entre ellos á Manara. El capitán, que le conocia de nombre, quiso saber algunos detalles de su muerte, y á su vez me dijo los que sabia.

Un cazador de Vincennes, que se habia hallado junto á él en el ataque de la *villa* Spada y que me señaló entre un grupo de soldados que estaban de pié cerca de la puerta en donde nos encontrábamos, le dijo en el momento en que Manara se asomó á la ventana con el anteojo :

— « Mirad bien á aquel oficial, y le veréis morir. »

Al mismo tiempo le apuntó el soldado, le disparó, y habiéndole acertado, vió caer á Manara.

El capitán continuó hablándome, pero yo estaba tan conmovido que solo pude responderle suplicándole que me dejase entrar en la iglesia.

— ¿Qué vais á hacer en ella? me preguntó.

— Voy á buscar el cadáver de otro amigo, desenterrado hoy mismo y devuelto por los vuestros al dolor de su madre.

Entonces mandó á pedir la licencia al coronel, la obtuvo y presentándome al guardian de la iglesia, le dijo que me dejase entrar.

El templo estaba muy oscuro: el guardian abrió una pequeña puerta que conducia desde el convento al coro, me dió una lámpara, y señalándome un rincón sombrío me dijo:

— « Buscad ahí. »

Pero no quiso seguir mas adelante.

Me aproximé triste y piadosamente al sitio que me habia indicado.

Todo mi cuerpo se estremeció.

Aquel silencio, aquella oscuridad, el dudoso resplandor de la lámpara, el precioso objeto que iba á buscar, la angustia que me causaba encontrar de aquel modo al excelente jóven que habia conocido

en vida, todo esto agitaba mi corazón y me desgarraba el pecho.

Como no conocia el terreno sobre que andaba, y como no sabia el lugar donde yacia el cadáver, caminaba despacio, con la lámpara levantada, temeroso de hallarle con mi planta.

Por fin apercibí cerca de las gradas del altar un bulto negro y largo: continué avanzando con la lámpara siempre levantada, y reconocí en él un cuerpo humano.

Casi loco de dolor y presa de un terror que no podia dominar, me incliné hacia él.

— ¡ Oh ! triste, triste, triste !

Con la mano que me quedaba libre, desaté la cuerda con que tenia sujeto por el cuello, por el vientre y los piés el sudario, levanté su cabeza, y á pesar de estar desfigurada me convencí de que era la de aquel pobre hijo que buscaba.

Volví á dejarla caer.

Al caer retumbó sobre las losas, produciendo un sonido que jamás olvidaré.

Un sudor frio inundaba mi cuerpo.

Me detuve temblando.

¡ Dios vio, cuán grande sois, y cuán terrible es la muerte !

Hice un esfuerzo supremo : médico acostumbrado á la muerte, no quise ser vencido,

Coloqué la lámpara sobre una de las gradas del altar y fijé mis ojos en el rostro del cadáver. Estaba mas blanco que la sábana que le cubria.

Busqué y toqué sus heridas.

Hubiera querido reanimar las últimas gotas de sangre de su corazon para llevárselas á su madre y para haber trazado con ellas una cruz sobre la frente de todos los jóvenes italianos que un día deben levantarse para libertar á su patria.

Despues corté un mechón de sus cabellos : quizás tenia una amada, y de seguro tenia una madre.

Por último estreché su mano, incliné mi cabeza por vez postrera ante él y murmuré :

— « ¡ Hasta la vista ! »

Salí agitado de la iglesia llevando este espectáculo de muerte tan vivo en mí, que hoy, once años despues, veo al escribir estas líneas el cadáver, el rostro pálido, el sudario, todo cubierto de polvo y sangre.

Al salir volví á encontrar al guardian, y despues al oficial, cuya mano estreché sin poder pronunciar una palabra.

Al dia siguiente el cadáver de Morosini fué depositado en un ataud de plomo, esperando el momento de ser conducido á su país natal con los de sus amigos.

Todos deseábamos con igual ardor saber detalles de la muerte de Morosini, pero viéndose los demás obligados á partir, quedaron solo en Roma los muertos y los que ayudaban á morir á los heridos.

Yo me encontraba entre estos últimos.

Hé aquí lo que supé acerca de la muerte de Morosini.

Estos datos me los ha proporcionado Mr. de Santi, corso de nacion, y empleado en el servicio sanitario francés, que en la noche del 29 al 30 de junio estuvo operando como cirujamo en la ambulancia de la trinchera.

Este honrado y excelente colega, de quien recibí algunos favores, me refirió que el 30 de junio al amanecer fué llevado á su ambulancia uno de nues-

tros oficiales, tan jóven y tan bello que le tomó al principio por una mujer.

Estaba ligeramente herido en la cabeza, en la mano izquierda y en el pecho, pero mortalmente en el vientre. De Santi le cuidó con interés.

Morosini, que hablaba todavía, le preguntó:

— « ¿Qué pensais de mis heridas? »

Santi le contestó:

— « Tened confianza en Dios y en vuestra juventud. »

— « Bien está, dijo Morosini, ya lo comprendo, soy perdido. »

Despues añadió suspirando:

— « ¡ Pobre madre ! »

Entregó su cartera al doctor, volvió la cabeza y no quiso pronunciar desde entonces ni una sola palabra.

Algunos minutos despues de haber sufrido la primera cura, entró en la ambulancia un viejo sarjento del 32, y así que hubo buscado ansiosamente el rostro del jóven oficial, dijo al médico:

— Es él.

— ¿ Qué quereis decir, preguntó de Santi ?

— Que hubiera querido salvar á toda costa la vida de ese jóven. He hecho todo lo que he podido, pero veo que no ha bastado mi deseo.

Entonces refirió que Morosini, acompañado solamente de cuatro hombres, habia sido rodeado por los Franceses. Le intimaron á que se rindieran, y él contestó:

— « ¡ Jamás ! »

Y continuó blandiendo su espada y gritando á los suyos:

— « En nombre de la Italia os prohibo que os rindaís. »

Entonces el viejo sarjento le puso al pecho la bayoneta esperando intimidarle; pero Morosini la cogió con la mano izquierda y dirigió un sablazo al rostro del sarjento.

Este sin embargo prohibió á sus soldados hacer fuego, con la esperanza de coger vivo al jóven oficial, salvando de este modo su existencia; pero entonces un soldado que se encontraba detrás de él, viendo que Morosini no cesaba de defenderse, le disparó un tiro á boca de jarro.

La bala le atravesó las entrañas, causándole la herida mortal.

Morosini cayó, pero sobre una rodilla, y apoyado con la mano izquierda trató todavía de herir á sus adversarios, gritando siempre á sus compañeros :

— « Dejaos matar, pero no os rindais. »

El sarjento, furioso, se volvió hácia el soldado diciéndole :

— « ¡ Desgraciado ! ¿ qué has hecho , no has visto que era un niño ? »

Morosini murió algunas horas despues de haber sido conducido á la ambulancia, y fué envuelto en la sábana en que le encontré yo al buscarlo en la iglesia de los Cien Sacerdotes.

Llevaba en la cintura dos pistolas en cuya culata estaba grabado el nombre de *Kosedusko*, amigo de su familia, quien las habia regalado á su abuelo. Empleé todos los medios imaginables para recuperar su espada y sus pistolas, pero todos fueron inútiles.

Segun me dijeron, el viejo sarjento se habia apoderado de ellas, y declaró que no las cederia á ningun precio.

El 4 de setiembre de 1849 desembarcaron en el Molo Novo en Génova tres ataúdes que encerraban los tres cadáveres, de Enrique Dandolo, de Luciano Manara y de Emilio Morosini.